

infame cuadrilla, llamado Pitágoras, se veló á manera de mujer casada, y se puso el flámmeo: *Et indutum est imperatori flammeum*. Caper, en el libro *De ortografía*, dice: *Vir ducit, mulier nubit, quia pallio obnubit caput suum genasque*. Y este flámmeo, ó toca de la novia, era de color luteo, digo algo rojo, como rovillo de huevo. Lucano, lib. XI *De bello Phars*:

*Lutea demissos velarunt flammea vultus.*

Ya habemos vestido á la novia; sepamos tambien qué dioses eran propicios á las bodas, qué sacrificios se hacian, qué auspicios se tomaban, qué palabras se decian para casar los novios, qué ceremonias se guardaban para llevar la novia á casa del novio, con qué aparato la llevaba, y si algo más hubiere que decir, lo diremos todo, pero sumariamente, como quien gusta, no como quien bebe. Los dioses que presidian á las bodas, dichos *conyugales*, porque eran favorables al conyugio ó matrimonio, son estos que yo amontonaré: quien los quisiere en gavilla, lea á San Agustin, *De civitate Dei*; á San Isidoro, en sus *Etimologías*, y á Brissonio y á Martin Antonio del Rio, que allí los hallará distintos, cada uno con su glosa al lado. Fueron, pues, los dioses conyugales Júpiter Gamelio, Juno Gamelia, Vénus, Himeneo, Pito, Diana, Euclia, Genio, Lucina, Juno, Zigia, Unxia, Cinxia, Interduca, Domiduca, y otros muchos, que nos da Marciano Capela. Pero quien alza cabeza en este ministerio es la diosa Juno, de quien dijo Virgilio:

*Junoni ante omnes, cui vincla jugalia curæ.*

Y Ovidio:

*Junonemque thoris, quæ præsidet alma maritis.*

Los gentiles ninguna empresa pública ni particular emprendian que fuese de importancia, en que primero no hiciesen sus auspicios, obligando con sacrificios á los dioses para ver si podian esperar buen suceso en sus cosas, y principalmente observaban esto en las bodas, como cosa de tanto momento. Esto se ve ejemplificado en el casamiento que intentó la reina Dido con Enéas. Virgilio, lib. IV de la *Eneida*:

*Principio delubra adeunt, pacemque per aras  
Exquirunt, maclant lectas de more bidentes  
Legiferæ Cereri, Phæboque patrique Lyæo;  
Junoni ante omnes, cui vincla jugalia curæ.  
Ipsa tenens dextra pateram pulcherrima Dido  
Candentis vacæ media inter cornua fundit:  
Aut ante ora deum pingues spatiat ad aras,  
Instauratque diem donis, pecudumque reclusis  
Pectoribus inhians spirantia consulti exta.*

Traducido suena:

Primeramente van Elisa y Ana  
Al templo, y con licencia de los dioses  
Las mejores ovejas del aprisco  
Sacrifican á Ceres, Febo y Baco,  
Y especialmente á Juno, á quien le toca  
El cuidado nupcial especialmente.  
La Reina misma toma con su diestra  
La taza, y diestramente la derrama  
Entre los cuernos de una blanca vaca,  
Y ante los conyugales dioses vnelve  
Y revuelve en contorno de las aras;

Gasta el día en espléndidos manjares,  
Y de las bestias inmoladas mira  
Rotos los pechos, las entrañas vivas,  
Deseosa de ver un buen agüero.

Aquí el doctísimo Juan Luis de la Cerda anda gallardamente; ¿y dónde no? Acuda á él el curioso, y hallará mucha doctrina de los gentiles, escogida y ahechada. Hechos estos sacrificios y auspicios, y no ántes, luégo se trataba de efectuar el casamiento. Éste se hizo antiguamente *farre*, *coemptione et usu*. De tres maneras, por *confarreacion*, por *coemcion* y por *uso*. Dice Ulpiano, en los fragmentos de los títulos, que la mujer se casa con su marido, *et convenit in manum*, con ciertas palabras y diez testigos presentes, haciendo un solemne sacrificio, en que se pone un pan *farreo*. Farro era un género de trigo escogido, y dél se hacia una torta con sal, que se llamaba mola: *Mola nihil aliud erat*, dice Sexto Pompeyo, *quam far tostum, et sale aspersum, et quod eo molito hostiæ aspergerentur, inde molæ nomen invenit*, Horacio, en el lib. III *Carminum*:

*Mollibit adversos penates  
Farre pio et saliente mica.*

La *coemcion* se hacia, segun dice Boecio, de esta manera. Preguntaba el varon á la mujer si queria ser su mujer, madre de familia; ella respondia que sí. Y luégo la mujer preguntaba al marido si queria ser su marido, padre de familia, y él respondia que sí; y entónces la mujer tomaba de la mano á su marido; lo cual es *convenire in manum*. Y á esto alude Virgilio:

*Teque sibi generum Tetis emat omnibus undis.*

Y por estos dos géneros de casamientos la mujer se llamaba justamente madre de familia. El otro casamiento era por *uso*, y se hacia cuando la mujer, llevada á casa del marido en matrimonio, sin las solemnidades de la *confarreacion* ó *coemcion*, pasado el año adquiria el derecho y posesion de casada; y por esto se dice en las Doce Tablas: *Annus usus esto*. Ya es menester sacar á la novia de su casa, y llevarla á la del marido; para esto venga un bracero que haga el oficio. Éste se llamaba *domiduco*, porque asistia á la deducion de la desposada. San Agustin, lib. VI, *De civitate Dei*: *Sed domum du-cenda est, quæ nubit, adhibendus est domiducus, sic enim cum deum, qui ei solemni deductioni præerat, appellabant*. Y de aquí, dice Nonio Marcelo, se dice *innubere* por pasar; porque las que se casaban pasaban á las casas de sus maridos: *Quodquæ nubent, ad maritorum domos transirent*. Y segun esto, por la misma causa se llaman en castellano *casadas*; pero es de considerar que la casada no salia de casa de su padre por sus piés, sino que la arrebatában, y en volandas, sin tocar en los umbrales, la sacaban á la calle. Firmo esto con dos autoridades, la primera de Catulo y la segunda de Lucano:

*Transfer omine cum dono  
Limen aureolos pedes,  
Rasilemque sub forem.  
(Catulo.)*

*Turritaque premeus frontem matrona corona  
Translata vitat contingere limina planta.  
(Lucano.)*

Observa Brissonio, en el lib. I de sus *Antigüedades del derecho civil*, que estando el esposo ausente, por carta ó por un tercero se puede traer la esposa á casa del marido, porque aquella deducion á la casa del marido era necesaria para que fuese matrimonio; pero que la mujer ausente no se traia á casa del marido ni por carta ni por tercero. Pruébalo con la I. *mullierem*, D. de *ritu nupt.* y con la I. *cum post*, § *in domum*, D. de *jure dot.* Vir absens, dice Paulo, lib. II, *sent.*, tit. XX, *uzorem ducere potest, femina absens ducere non potest*. Agora pregunto: ¿cuándo se hacia esta deducion? ¿de noche ó de día? De noche dice Sexto Pompeyo, lib. XIV. Y verifícase con lo que dice Catulo en el epitalamio de Julia y Manlio:

*Vesper adest, juvenes consergite vesper Olympo.  
Exspectata diu viz tandem lumina tollit.*

Salia la novia ceñida con un cingulo, ó zona, que despues se la quitaba el marido en su casa, ó las doncellas que se hallaban presentes, y salia tambien velada con el flámmeo; iban delante las chirimías, como dijimos arriba. Terencio, en los *Adelphos*: *Verum hoc mihi mora est tibicina, et Hymenæum qui cantent*. Y Plauto, en la *Casin*: *Age tibicen, dum illam educunt huc novam nuptam foras*. Iban ante la novia hachas, ya de pino, ya de espino. Virgilio:

*Pronuba nec castos incendit pinus amores.*

Y Catulo en el lugar citado:

*Pelle humum pedibus, manu spineam quate tædam.*

Virgilio, egloga VIII:

*Mopse, novas incide faces.*

Y es de saber que á estas hachas nupciales, de pino ó de espino, para que diesen mucha luz, se les hacian unas puntas á manera de espigas, levantando unas rajillas hácia fuera, como se levantan las rasas de la espiga; y aguzar estas hachas así, se dice en latin *inspicare*. Como dijo Virgilio en el II de su *Geórgica*:

*Ferroque faces inspicat acuto.*

Salida la novia de casa, la entraban en un coche, donde el desposado la llevaba á su casa, y puestos en el tálamo, pasaban alegremente la noche, y en tanto la casa estaba llena de gente haciendo fiestas y diciendo palabras, que llamaban *fesceninas*, torpes y deshonestas, cuales suelen decirse unos á otros los segadores de la Mancha en su Agosto, y cuales se suelen decir en la temporada de Murcia entre los cogedores de hoja y pasajeros. Al dios Himeneo le llamaban tambien *Talassion*, y en honor suyo se hacian estos júbilos, aunque desvergonzados. Y así dijo Marcial, lib. XII:

*Nec tua defuerant verba, Talasse, tibi.*

Y en el epigrama CIV:

*Quid si me jubeas Talassionem  
Verbis dicere non Talassionis?*

Y para que el ruido del tálamo no se sintiese, mandaba el novio esparcir nueces por la antecámara. Virgilio:

*Sparge, marite, nuce.*

Con esto, dejemos dormir á los desposados, ó por mejor decir, velar; que no es la fiesta para ménos. No me alargo más, ni la ley de carta lo permite, ni la regla de discrecion, que manda tener moderacion en las cosas. Nuestro Señor á vmd. guarde y aumente en estado. Murcia, etc.

#### EPISTOLA VII.

Al padre fray Juan Ortiz, maestro en teología y ministro del convento de la Santísima Trinidad, en la ciudad de Córdoba.

*Acerca del uso antiguo y moderno de los coches.*

A persona tan grave como V. P. escribir cuentos, si no ridículos, humildes, pareceme cosa desproporcionada. Esto confieso; pero no niego que á veces no indiscretamente se admiten burlas entre las véras, y que entre las burlas tambien se suelen decir verdades. Horacio:

*Ridentem dicere verum, Quis vetat?*

Digo, pues, señor, que entrando yo, pocos dias há, en el arenal de esta ciudad, plaza de su mayor recreo, encontré con un coche galan y curioso, descubierto y sin gente, y alzando la voz, dije: «Pára, cochero; dime cómo es el coche. «Respondióme luégo de contado: «Este coche, señor, es de la vanidad.» Y diciéndolo dió dos estallidos al azote, con que animados, arrancaron tan aprisa los caballos, que en un momento se pusieron á esotra parte de la puente. Quedé muerto de risa con la aguda respuesta del picaro. Consideré que pudo llamarle coche de la vanidad, porque el coche se puede con razon decir símbolo de la vanidad. Y á este pensamiento me atengo más que á los otros, aunque fuera de la capacidad de un cochero. Ocasión me há dado este cuento á discurrir un rato de los coches, si bien con no poco miedo de dárselo malo á V. P. Trayendo, pues, esto de su principio, digo, con Virgilio, que el primero que inventó el uso de ellos fué el rey de Atenas, Erichonio. *Georg.*, III:

*Primus Erichthonicus currus, et quatuor ausus  
Jungere equos, rapidisque rotis insistere victor.*

Lo mismo dicen Pausanias, Eliano y Plinio, libro VII, cap. LVI, aunque da la invención del coche de dos caballos á los Frigios, y la de cuatro á Erichthonio: *Bigas primum junxit Phrygum natio, quadrigas Erichthonius*. Y no esté tan glorioso Erichthonio con lo que Virgilio y los demas autores, conformándose con él, dicen; que de otra parte da voces Esquilo, diciendo que el primero inventor de los coches fué Prometeo. Herodoto, en su *Melpomene*, da la gloria de esta invención á los Africanos: *Quadrigas jungere ab Afris Græci acceperunt*. Y Ciceron, en el III *De natura deorum*, se la da á la cuarta Minerva; Adon, en su *Chronico*, en la edad III, se la da á Procido; Teon, intérprete de Arato, se la atribuye á Troxilo; Tertuliano á Acrofilo, Higino á Orsilcho, Eusebio á Proclito. Entre opiniones tantas, si-

ga cada uno lo que quisiere; lo que yo me persuado y creo es, que en diversas provincias cualquiera de éstos pudo ser el primero inventor de los coches, y que en la region Atica lo fué Erichonio, al cual la necesidad, que es inventora de todas las artes, le obligó á inventar el coche para poder andar, por haber nacido cojo de ambos piés. De aquí podemos sacar que es permitido, lícito y loable el uso de los coches en los cojos, en los viejos, en los enfermos, en los consejeros de los reyes, en los jueces, en las personas eclesiásticas, en los caballeros pleiteantes, cuando la necesidad lo pide, porque éstos tienen oficios públicos, á que han de acudir y asistir forzosamente; y así, cuando nieva ó llueve, ó el tiempo en otra manera corre tempestuoso, es justo tengan este reparo, para que no falten á sus obligaciones.

Antilo, Aecio y Avicena dicen, conformes, que andar en coche es ejercicio acomodado para enfermos y convalecientes, aunque los enfermos sean de enfermedades largas y pesadas y que tienen reliquias lentas, y en males agudos, como son letárgicos y nefríticos. Y Celso dice que Asclepiades experimentó haberle sido provechoso el coche en calentura reciente de grande vehemencia y ardor; si bien dice Jerónimo Mercurial que le parece este remedio peligroso, y que cosa más segura es para el febricitante estar con quietud: *Quod profecto periculose efficitur: meliusque quiete ejusmodi impetus sustinetur*. Pero dice que es bueno para sanos y valetudinarios; porque no engendran lasitud á los cuerpos, ántes aumenta el calor natural, disipa la multitud de la materia, alienta la habitud del cuerpo, despierta las acciones lánguidas, desata la flojedad, sosiega la turbacion del cuerpo, causa sueño á los desvelados, vuelve en sí á los fatigados de la modorra y hace otros muchos y saludables efectos. Dice Antilo que la ejercitacion del coche tiene virtud de arrancar y mover las enfermedades estables y permanentes. Y Séneca escribe que á él le fué importantísima cosa para despedir la cólera detenida en la garganta, y para extenuar la densidad del espíritu y dificultad del anhélito, que le solia dar tan apretada, que se veia con peligro de espirar. Aecio dice que esta ejercitacion es en dos maneras, una blanda y otra vehemente; el coche que se va lento y sosegado es bueno para las afecciones de cabeza y para los que son fatigados de la fluxion intestinal. Y así advirtió doctamente Celio Aureliano que los que padecen dolor de cabeza sean llevados via larga, porque la frecuente version del coche les puede causar vaguidos y turbacion. El poeta Ausonio aconseja á un amigo suyo, viejo y convaleciente, que suba en coche que camine poco á poco, y que evite mulas y caballos acelerados:

*Pelle soporiferi senium nubemque veterni,  
Atque alacri mediam carpe vigore viam.  
Sed cisiium aut pigrum cautus conscende veredum,  
Non tibi sit rheda, non amor acris equi,  
Canterii moneo male nota petorita vites,  
Nec celeres mulas ipse Metiscus agas.*

Convaleciente ya del soñoliento  
Mal que á la Parca te mostró vecina,  
A pasear te sal en coche lento;  
Sulca la vega, sulca la marina.  
Ni en portante caballo igual al viento,  
Ni en mula subas que feroz camina;  
Y para libre estar de todo arrisco,  
Tu propio de tí propio seas Metisco.

Metisco fué el cochero de Turno. Otras muchas advertencias hallo en los médicos acerca de los coches; pero no todo lo tenemos de correr en un día, siquiera por variar de concepto. El uso de los coches, que fué inventado para reparo de los cojos, ciegos, viejos y enfermos, vino á ser, dentro de poco tiempo, importante para las guerras. De esto tenemos copiosísimo testigo en Homero, que por toda su *Iliada* no hay cosa más ordinaria que escaramuzas desde los coches, lo que ya es muy desusado y fuera del militar estilo. Libro VIII de la *Iliada*:

Teucro otra vez despide la saeta  
Contra el gran Héctor, y otra vez burlado,  
Porque se la torció el divino Apolo,  
No á Héctor, sino al diestro Archiptolemo,  
Su cochero, hirió en medio del pecho.  
Caído que fué en tierra, los caballos,  
Arbolándose bravos, trastornaron  
Al coche: visto el daño, al punto puso  
Otro cochero el animoso Héctor.

Homero, lib. XI:

Agamemnon, instando al enemigo,  
Y siguiendo al alcance bravamente,  
Aquel estrago hacia que en la selva  
De vientos combatida inmenso fuego.  
Viérasle derribar á un lado y otro  
Cocheros por el suelo, y los caballos  
Correr la vega, libres de sus dueños.

De éstos hay mil lugares, y por tanto verdad tan clara no tiene necesidad de larga prueba. Considerando el gran aventurero Hércules que para la guerra convenia tanto la destreza y gobierno de los coches, instituyó el arte gimnástica, y principalmente el certámen de los coches, para que, ensayados en este ejercicio, hubiese grandes caballeros que con excelencia peleasen en los coches en el juego, verdaderamente palestra de Marte, y eran tantas las honras y los premios que en estos juegos olímpicos se daban á los palestritas, que las tenían por mayores del mundo, y habia infinitos aficionados á esta arte. Así lo dice Horacio en este y otros muchos lugares, y oda:

*Sunt quos curriculo pulverem Olympicum  
Collegisse juvat, metaque servidis  
Evitata rotis, palmaque nobilis  
Terrarum dominos exehit ad deos.*

Hay muchos que en el espacioso circo  
Gustan beber el polvo, boquiabiertos,  
De los juegos olímpicos, y el coche  
Volver, pegado al canto de la meta,  
Y por premio esperar la noble palma,  
Que los levanta al soberano cielo.

En estas circenses fiestas, tan celebradas así entre los griegos como entre los romanos, la gala del corredor era dar la vuelta tan cercano á la meta, que

casi corriese peligro de topar en ella, y romper el coche, y con esto no daba lugar á que otro se le entrara, y ganaba la primacia. Habíanse de dar siete vueltas á la meta, cada una desde el arracadero, ó *carceres*, que llaman los Latinos, y el que ántes las daba con la destreza que he dicho, era dado por vencedor, nombrado por voz y preconio del trompeta, y aclamado de todos, paseado por el circo, dados palma, corona y dones, y llevado á su patria, derrivando los muros para entrar en ella. Vamos esto probando brevemente. Homero, en su *Iliada*, en la letra *Lambda*, introduce á Néstor, que á su hijo Antiloco le dice lo que ha de hacer en el certámen ecuestre en que entraba:

Allégate á la meta grandemente;  
Coche y caballos hácia ella impele;  
Y tú te carga sobre el fuerte coche  
Hácia la mano izquierda, y al caballo  
De la derecha hiere y dale voces,  
Soltándole la rienda; pero mira  
Que al izquierdo caballo arrimes tanto  
A la meta, que casi te parezca  
Haber tocado con el cubo el mármol,  
Y des la vuelta sin tocarle; porque,  
Si le tocas, habrás coche y caballos  
Perdido, y juntamente la victoria.

Y Sófocles, en la tragedia *Electra*, describe el mismo peligro y daño:

Suelta la izquierda rienda, el un caballo  
Torció mucho su curso y dió en la meta;  
Eje y ruedas quebró, y de la carroza  
Sacudido el cochero Pseudorestes,  
Y enredado en las cuerdas, los caballos  
Corriendo locos por la roja arena,  
Al fin hecho pedazos le arrojaron;  
Pero tal, que acudiendo mil cocheros  
A verlo, conocerle no pudieron.

Meta es una coluna, última parte del estadio ó carrera.

*Qui cupit optatam cursu contingere metam,  
Multa tulit, fecitque puer, sudavit et alsit,  
Abstulit Venere et vino.*

(Horac.)

Aquí dice Jerónimo Mercurial que *puer* no se ha de entender mochacho, sino mancebo fuerte; que para este certámen son menester hombres ya formados y robustos: con la buena paz de tan docto varon, digo que Horacio quiere decir aquí que el hombre que ha de correr á la meta, desde mochacho se ha de ejercitar en esta arte, y gastar muchos inviernos y veranos, y abstenerse de vicios, para que se haga práctico y robusto. Porque *fecit puer* es lo mismo que *fecit á puero, vel se puero*, para venir á tratar de la meta, muchas cosas y muchos ejercicios hizo primero desde mochacho. De lo tocante á la meta lo mismo dice Proporcio:

*Pulverulentaque ad extremas stat femina metas.*

Los premios que daban y honras que hacian á estos *hierónicas*, que así llamaban, y *olimpiónicas* á los vencedores, eran muchos y de muchas maneras.

*Munera principio ante oculos, circoque locantur  
In medio sacri tripodes, viridesque coronæ,  
Et palmæ pretium victoribus.*

(Virgilio, libro V.)

«Poníanse los premios á vista de todos, en medio del circo, como eran sacros tripodes, verdes coronas y palmas, premio de los vencedores»; y palmas de dos maneras: ya ramas que llevaban en las manos, ya coronas hechas de palma. Probemos cada cosa de éstas con su auctoridad:

*Donarem tripodas præmia fortium.*  
(Horacio, oda VIII, libro IV.)

Pollux dice: *Victor pro præmio auferebat coronam, tum etiam ramum palmæ*. Y Pausanias, in *Aradicis*: *Plura certamina coronam palmæ habent*. «Los más certámenes tienen por premio corona de palma.» Dábanseles tambien armas, vestiduras de púrpura *dibapha*, que es dos veces teñida en grana, talentos de plata y de oro:

*Armaque et ostro  
Persusæ vestes, argenti auriq; talenta.*

Tambien se les daban laureles:

*Viridique adæclat tempora lauro.*

*Clámides*, ó casacas con fajas de brocado, teñidas de púrpura:

*Victori chlamydem auratam, quam plurima circum  
Purpura Meandro duplici Melibæa cucurrit.*

Dábanseles lorigas:

*Aurique trilicem Loricam.*

(Virgilio.)

Tambien berneales de bronce y barquillas grabadas de plata:

*Tertia dona facit geminos ex ære lebetes,  
Cymbiaque argento perfecta atque aspera signis.*

(Virgilio.)

Tambien se les daban en premio esclavos y esclavas:

*Olli serva datur operum haud ignara Minervæ  
Cressa Genus Pholoe, geminique sub ubere nati.*

(Idem.)

Dábanseles caballos enjaezados, aljabas con flechas, y su cinto tachonado, y argólicos morriones:

*Primus equum phaleris insignem victor habeto:  
Alter Amazoniam pharetram, plenamque sagittis  
Threicitis, lato quam circumplectitur auro  
Baltheus, et terebi subnectit fibula gemma.  
Tertius Argolica hac galea contentus abito.*

(Idem.)

Tambien se les daban pieles de leon, para vestirse aderezadas, y con prendedores de oro y escudos:

*Tergum Getuli immane leonis  
Dat Satio villis onerosum, atque unguibus aureis.*

(Idem.)

*Et clypeum efferris jussit, Didymaonis artes.*

(Idem.)

Becerros, adornada la cabeza con tocas de oro, espadas y yelmos:

*Victori velatum aurum, vittisque juvencum,  
Ensem atque insignem galeam.*

(Idem.)

Estos y otros eran los dones de los atletas; las honras eran tambien grandes, pues se les hacian estatuas ecuestres, en aquella edad y estatura que te-

nian, para que en los retratos durase su memoria. Plinio, libro xxxiv, cap. iv: *In Olympia statuae fuerunt equestres*. Strabon, libro viii: *Statuae cum ponerentur equales statura et proceritate aurigis, non majores*. Pausanias, en el libro ii de los *Eliacos*, escribe que Cleostenes fué el primero que puso su estatua en Olimpia. Eran á voz de pregonero (y advierte que el pregonero en estos juegos olímpicos era caballero. Mira á Pedro Fabro Sanjoriano, *De re athletica*) publicados, convocado todo el pueblo por vencedores. Y el pregonero los publicaba desde las metas murcias, que eran las primeras desde donde arrancaban los coches, y las últimas eran donde daban las siete vueltas. Y últimamente la suprema honra que se les hacia era, llevar los vencedores en sus coches, con grandísimo acompañamiento, á sus patrias, y para entrarlos en la ciudad derribar las murallas, y por ellas, y no por las puertas, por singular privilegio, los entraban, dando á entender en esto que la ciudad que tenía tan valientes y fuertes ciudadanos no había menester murallas. Plutarco dice que en la olimpiada xcii, siendo declarado por vencedor Exeneto, agrigentino, fué llevado en su coche á Agrigento, acompañándole trescientos coches, todos agrigentinos, de caballos blancos; y lo mismo dicen Eliano y Diodoro Siculo. Todos estos premios, todas estas honras fueron para ensayarlos y habituarlos para las guerras que entónces se usaban entre los griegos. Pero esto en los romanos más fué género de recreo y entretenimiento que otra cosa; porque ellos no usaron el pelear desde los coches en las batallas. El fin que tuvieron fué, en el uso de ellos, señalarse en la autoridad y pompa y grandeza, á diferencia de los otros ciudadanos, que no podían hacer otra tanta ostentacion; y llegó esta viciosa vanidad á tanto, que usaban de coches abiertos, sin bóveda, con una silla de plata, en que se asentaban á la vista de todo el pueblo, y otros, cubiertos con sus cortinas, con unas camas pensiles, donde se iban meciendo ó columpiando. Y estos coches eran tirados, ya de dos, ya de cuatro, ya de seis caballos, ya de mulas, ya de bueyes, ya de leones, y otras bestias. Marco Antonio, despues de su victoria, entró en Roma en un coche tirado de leones, segun dice Plinio, libro viii, y lo que peor es, traía en él consigo una representanta, llamada Citeris, sin vergüenza ni empacho. Pero todo vicio cese con lo que hacia Elagábalo, el cual vino á tanto extremo de vicioso, que iba públicamente en coche tirado de mujeres desnudas. Escribelo Lampridio, en la mala vida de este emperador. Llegó á tanto la vanidad (de que me advirtió el cochero de mi cuento que es símbolo el coche), que no sólo los rayos y ruedas, pero todo el coche, le fabricaban, ya de plata, ya de oro, ya de marfil. Éste era el summo vicio y regalo de las señoras romanas; éste era su último bien y gloria, hasta que el Senado hizo un decreto y pragmática en que les prohibió el andar en coche; las cuales lo sintieron tanto, y se enojaron de manera, segun dice Mercurial (cap. x, *De vectatione curruli*, libro *De re gymnastica*), que, conjuradas

todas entre sí, determinaron de no admitir á los maridos ni á otros, para ni concebir ni parir; resolución endemoniada, al fin de mujeres. Visto esto, el Senado revocó el decreto, y ellas se volvieron á la vida bona de sus coches, á quien estiman y aman mucho más que á maridos y padres. De donde les viene este afecto tan vehemente, y pensó que casi todas se sujetarán á ayuno perpétuo y á beber agua turbia, como no les falte el coche. Este afecto les viene de ser ellas altivas naturalmente; y así el demonio, la mayor y más fuerte persuasión con que acometió á Eva fué con decirle: *Eritis sicut dii*. «Seréis como dioses.» Entónces alargó la mano, y á trueque de endiosarse quiso el envite y perdió la mano, y despues, juntamente con Adán, todo el resto. Fuera de que las mujeres hoy son muy leídas y versadas en escritura humana, y saben que el sol tiene un coche dorado, de cuatro caballos; y saben de Tomas Radino que el caballo Pirois era bayo, y el Eoo blanco, y el Eton dorado, y el Fleton morcillo; y saben de Policiano que los caballos del coche de Aquiles fueron Balio y Xanto, hijos del viento Céfito y de Podarge; y saben de Estacio que los caballos del coche de Marte fueron Pavor y Terror; y saben de Propercio que el coche de Baco le tiraban linceos y tigres; y saben de Virgilio que la diosa marina, Leucotoe, era llevada en su coche de delfines; y saben de Horacio que el coche de Vénus es llevado de cisnes, y el de Diana de ciervos, y el de Juno de pavones, la Luna de tardos bueyes, Nemesis, diosa de la venganza, de grifos, y el coche de Citea, de palomas. Y así, queriendo asimilarse á esos dioses y diosas, quieren seguir las pisadas que ellos dejaron estampadas. Brava altivez, brava vanidad; no puedo dejar de exclamar, con Persio: *O curas hominum, quantum est in rebus inane!* Grandemente son imperiosas las mujeres. Y el colegio de los agoreros conviene en que el coche es símbolo de la mandona vanidad. Oiga V. P. lo que escribe Pierio: dice que reinando aún en Roma el superbo Tarquinio, y habiendo casi acabado el templo de Júpiter Capitolino, mandó á unos alfareros toscanos que le hiciesen un coche de barro; hicieronle artificioosamente, y metido en el horno, en vez de consumirse el humor, con que entró fresco, se dilató y hinchó, á manera de pan alleudado, de tal suerte, que aunque deshicieron la copa del horno, con gran dificultad le pudieron sacar dél. Consultados los arúspices sobre este caso, respondieron que la casa donde aquel coche se guardase duraría en ella la grandeza y el imperio. Pues adviértoles una cosa á las señoras; que fueron muchos punidos con acerbos penas por haber aspirado á las cosas divinas, y haber querido remedar al mismo Dios. ¡Qué bien y qué doctamente nos toca y representa este pensamiento Virgilio, en el libro vi! Oigámosle:

*Vidi et crudeles dantem Salmona penas,  
Dum flammis Jovis et sonitus imitatur Olympi.  
Quattuor hic in vectus equis et lampada quassans,  
Per Grajam populos, mediaeque per Elidis urbem  
Ibat ovans, divumque sibi poscebat honorem;  
Demens! qui nimbos et non imitabile fulmen*

*Aere et cornipedum cursu simularat equorum.  
At pater omnipotens densa inter nubila telum  
Contor sit (non ille faces, non fumea tædis  
Lumina) precipitemque immani turbine adegit.*

Vi en el tártaro al loco Salmoneo  
Su soberbia pagar con duras penas  
Por haber remedado al sumo Jove  
En los ardientes rayos y en los truenos.  
Éste en su coche espléndido, tirado  
De cuatro fogosísimos caballos,  
Iba por medio de Elis arrogante,  
Aplicándose á sí el honor divino:  
Loco, que quiso remedar los rayos  
De Júpiter tonante, y roncadas nubes  
Una bomba de bronce revolviendo,  
Que derramaba centellosas llamas,  
Y fingiendo de Júpiter los truenos  
Con el tropel del coche y los caballos.  
Pero enojado el Padre omnipotente  
(No ya humosas teas, fuegos nuestros),  
Por entre espeso nubló un triste rayo  
Le despidió de su flamante diestra,  
Que dió con él en el profundo abismo.

¡Oh coches, coches! ¡cuánto daño haceis en nuestro reino! ¡cuántas casas habeis de destruir, cuántos casados habeis de descasar, cuántos ricos habeis de empobrecer, cuántos celos y recelos habeis de engendrar, cuántas honras habeis de poner en disputa, cuántas familias habeis de discomponer! Dios lo remedie. Pesarme ha que el tiempo me haga verdadero adivino. Dice Festo que *uxor* en latin, que en castellano es la *mujer* casada, se deriva y tiene su origen del verbo *ungir*. Porque cuando se casaba la mujer la llevaban á casa de su marido, y llegada al umbral de la puerta, le decian que alzase los ojos á mirar una vedija de lana, que estaba untada y pegada en el umbral; dándole á entender que ya no habia calles para ella, sino casa, donde habia de vivir encerrada, hilando y tejiendo. Que los reyes y principes se diferencien de nosotros con la ostentacion de coches, para que sea respetada su grandeza, y la severidad los obligue á dar buen ejemplo y componer su vida, no bajándose á hacer picardías viles y soeces, es justísimo; que á los enfermos y convalecientes se les conceda andar en coche, para reparar con aquel ejercicio su salud, es justísimo; que las personas graves eclesiásticas usen coches, así por la calidad de su estado como por la obligacion de la asistencia continua á su coro, donde han de ir lloviendo y venteando y en medio de la canícula, digo que es justísimo. Los demas caballeros, por muy nobles y principales que sean, pierden para mí de su reputacion en el uso de los coches, que por ellos olvidan y dejan el manejo de los caballos, aquella gallardía, aquella honra de la milicia y gloria de España, que, más que las otras naciones, se ha preciado de mantener armas y caballos, y habituarse en ellos. ¿Qué mayor gala, qué mayor despejo que un hombre á caballo? Un hombre á caballo es el más glorioso espectáculo del mundo. Aquí acabo, padre nuestro, por no acabar con V. P. Perdóneme mi prolijidad; que el deseo de ver mi patria mejorada y libre de ocasiones de su ruina me ha hecho tirar la barra tan largamente, y el verme desocupado estos dias; que pasarlos en ocio

ni es bien, ni yo lo acostumbro. Nuestro Señor á V. P. guarde muchos años. Murcia y Junio 24.

## EPISTOLA VIII.

Al licenciado Bartolomé Ferrer Muñoz, beneficiado de las villas de Illar y Instincion.

*Sobre la cría y trato de la seda.*

Ninguna cosa de las que vmd. me manda puede causarme molestia, sino es el recelo que tiene de dármele. A lo ménos yo (otros vivan con otro humor, que no los invidio) soy tan sencillo y fácil en mi trato, que ni pienso que enfado con mis cosas á mis amigos, ni con las tuyas recibo disgusto; ántes me hallo contento cuando me dan ocasiones para dar muestras certificatorias de mi voluntad. Dícame vmd. que un curioso de saber específicamente el origen y trato de la seda de Murcia le ha pedido una instruccion de ella, y vmd. se descarga conmigo en esa parte, por hallarse ya, con sus ausencias, medio olvidado de su debida noticia. Diré, pues, obediendo, lo que de su origen he podido hallar, y lo que sé de la cría de la seda. Seda se dice de *seta*, vocablo toscano, y no de *serica*, como piensan los que en latin llaman vestido *serico* al *bombycino*. La *serica* fué lana, y no seda. Esta diferencia desmenuza bien Justo Lipsio en los escolios que hace sobre Cornelio Tácito, su gran aficionado, en aquellas palabras del libro ii: *Proximo Senatus die*, etc. «El segundo dia de senado dijeron muchas cosas contra las galas suntuosas de la ciudad, Quinto Haterio, consular, y Octavio Fronton, pretorio; y se acordó que de allí adelante no se labrasen vajillas de oro para el servicio de la mesa, ni usasen ropas séricas los hombres, por ser cosa fea para ellos.» Aquí dice Lipsio que la *serica* no es la seda que hoy tenemos y usamos, sino cierta lana delgadísima, que se crió en los árboles de los Seres, pueblos de Asia, y en su lugar corre la seda, con mayor excelencia y ventaja. Julio Solino, en el capítulo lvii de los *Seres* y *vellon serico*, dice estas palabras: «En este paraje, que mira hácia el Oriente, pasados unos grandes páramos y soledades, la gente que conocemos son los Seres, los cuales, rociando con agua los árboles, cogen el vello que en ellos nace, de que hacen subtilísimas telas. Ésta, pues, es aquella tela sérica, en daño de la severidad admitida y usada, que la regalada y viciosa vanidad introdujo, más para manifestar los cuerpos que para vestirlos. Lo que primero persuadió á las mujeres y despues á los hombres.» Hasta aquí es de Solino. Era esta tela sérica tan subtil, que se clareaba el cuerpo de quien la vestía, tanto como si fuera desnudo. Lo mismo toca Séneca, en el libro vii de los *Beneficios*. «Veo, dice, unas vestiduras séricas (si deben llamarse vestiduras aquellas en que no hay cosa que pueda defender al cuerpo, ó á lo ménos á la honestidad), y que con ellas la mujer no podrá jurar que no va desnuda.» De esta lana sérica nos hace memoria tambien Plinio, Ammiano, Virgilio y Ausonio. Virgilio dice:

*Velleraque ut foliis depectant tenuia Seres.*

Ammiano: *Apud seres abunde silva subluce, a quibus arborum fetus aquarum asperginibus crebris velut quedam vellera mollientes ex lanugine et liquore admistam subtilitatem tenerimam pectunt, nentesque subtegmina, conficiunt sericum.* Lo mismo dice Plinio, Tertuliano, Claudiano, Strabon, Oriencio y Ausonio, así:

*Vellera depectit nemoralia vestitus Ser.*

Y aunque en Ausonio se halla este verso algo diferente, así le emendaron Ludovico Russardo y Adriano Turnebo, doctísimos humanistas. No ignoro que Cardano, Pausanias, Suidas, Servio y otros sienten que la *serica* de los antiguos fué nuestra seda de gusanos; pero lo contrario sustenta y defiende Julio Scaligero, valentísimo varón, en la ejercitacion OLVIII, cap IX, que esto que Cardano dice es falso, y que en la Taprobana, en la Tartaria y en la China se coge hoy de los árboles la *serica* de los antiguos, en la manera que lo dijeron Plinio, Strabon, Arriano y los demas autores que habemos referido. Y la diferencia que habemos dado de la *serica* y *bombycina*, fuera de Justo Lipsio, la hace tambien Beroaldo sobre Apuleyo, Martin Antonio del Rio sobre Séneca, Tiraquelo en las *Leyes conu-biales*, Brodeo en las *Misceláneas*, Volaterrano en los *Comentarios urbanos*, Pedro Fabro en el libro I de los *Semestres*, y, fuera de otros muchos, Brissonio, *In Lexico juris*. La seda, que en latin propriamente se llama *bombycina*, del gusano *bombyx*, sin duda tiene este nombre de *bombo*, palabra griega, que significa el murmurio y zumbido de las abejas, que hacen tambien estos gusanos, cuando están sobre la hoja comiendo. Y aun Aristóteles llama *bombyx* un género de flauta, segun dice Adriano Junio, que remeda á nuestra gaita zamorana. La hebra, pues, que rebosa el gusano *bombyx*, llama el italiano *setta*, y nosotros *seda*, trocando la *t* en *d*, cosa muy ordinaria en la traduccion de aquella lengua en la nuestra; como *amato* amado, *Toleto* Toledo, etc. El origen de la seda le tuvo Sicilia de Grecia, y principalmente de la isla Coa, como consta de Ovidio y de Tibulo y otros:

Si estuvieres en Tiro, el tirió traje  
Aprobarás, y si en la isla Coa,  
La vestidura coa ten por buena.

(Ovidio.)

Lleve telas delgadas con recames  
De oro, como las suele labrar Coa.

(Tibulo.)

De esta isla Coa, ó Cea, segun Baptista Pio, que fué una de las Cícladas, salió por toda Grecia copia de telas bombicinas. Y dice Oton Frisingense, en la *Historia de Friderico*, que Roderico Siculo, habiendo en la Grecia ganado las ilustres ciudades de Atenas, Corinto y Tébas, se trajo muchos captivos, y especialmente tejedores de seda, y que les dió habitacion y asiento en Palermo, mandándoles que enseñasen á los naturales el arte de criar y labrar la seda. Y, segun Riccio, libro I, *De los reyes de Sicilia*, lo que cuenta Oton pasó por los años 1050. En

Sicilia se continuó el trato de la seda, de donde fué muy fácil pasar á España. Tambien escribe Zonaras, libro III de los *Anales*, sacado de Eusebio Cesariense, que en tiempo del emperador Justiniano, que tenía su asiento en Bizancio ó Constantinopla, venian con seda, á venderla, mercaderes de Persia, y que el dicho emperador sobornó con dádivas y promesas á unos monjes para que trajesen de allí la simiente, y traída, les enseñaron el arte, y que desde allí la hizo comunicar y extender por Italia. De manera que de Italia ó de Sicilia necesariamente pasaria, como pasó, á España. Ya por lo dicho nos consta de dónde vino, pero no sabemos cuándo. Yo para mí tengo por cierto que no há doscientos años cabales que hay cria de seda en España; porque en Murcia, donde más se practica, no hay rastro por donde entendamos que la hubo ántes de ese tiempo; que yo he pasado todos los libros antiguos, anales del archivo de esta ciudad, y no he visto que se haga mención de moreras ni seda, como se hace á cada paso de ganados, de sembrados, de viñas y de olivos. Y si hubiera habido moreras, por ser regida entónces de alcaldes ordinarios, hijos de ella, ante quien pasaban los pleitos, necesariamente habian de haber sucedido quejas y pleitos en razon de moreras y seda, como hoy los hay muy cotidianamente, y como entónces los habia, sobre hatos y cabañas, y sobre trigo y cebada y otros frutos. Pero no es de espantar que hubiese tardado tanto de entrar el uso de la seda en España, que la sencillez de nuestros antepasados era tanta, y los trajes tan poco curiosos, y los ánimos tan ajenos de gastos y superfluidades, que no admitieron, ni les pasó por el pensamiento admitir, tan vicioso traje y tan indigno de su honesta severidad. En testimonio de esto, diré lo que en esta tierra sabemos. Que habiendo venido á visitar á España el gran poeta Petrarca agora, en tiempo de nuestros padres, y llegado al puerto de Cartagena, para embarcarse y volverse á Italia, fué preguntado de un genovés qué le habia parecido España. Respondió que la tierra era de las mejores del mundo, pero que la gente estaba como nuestro padre Adán la dejó.—Llegada, pues, la planta de las moreras á Murcia, halló un terreno tan proprio y tan acomodado á su naturaleza, que produce más y mejor que en parte ninguna de España. Vese claro, pues, Murcia da y reparte liberalmente seda á los más codiciosos y más opulentos mercaderes de Toledo, Córdoba, Sevilla, Pastrana, y de otros lugares que tratan de esta materia. El riego de las huertas de Murcia tiene de largo cuatro leguas y media, y dos de traves, desde la azuda, que da el agua del rio Segura á dos acequias principales, Aljufia y Alquibla, y otra pequeña, llamada Churra la Nueva. Las cuales acequias corren por medio la vega, cifiendo ambos costados al rio, dando hijuelas á una y otra parte, por donde se gobierna todo el riego. Este riego de cuatro leguas y media, que le toca á Murcia hasta el término de Orihuela, comprende setenta y tres mil y ochocientos y noventa y siete tahullas, sin otras muchas tierras, que están empantana-

das, unas y otras llenas de monte y saladares, que se podian regar con poco trabajo, pues les sobra agua. Una *tahulla* de tierra (que llamaron un tiempo los moros, y se quedó el vocablo arábigo hasta hoy) es un cuadrado de cuarenta varas por cada lado, que, multiplicadas en sí, son mil y seiscientas varas. Toda la huerta de Murcia tiene de riego trecientas y cincuenta y cinco mil y quinientas moreras. Lo cual consta por los libros del diezmo. Con la hoja de estas moreras se crian, poco más ó ménos, en la huerta de Murcia, cada año, cuarenta mil onzas de simiente. Será la cosecha de estas onzas, considerado un año con otro, docientas y diez mil libras de seda joyante y redonda. Las ciento y setenta y cinco mil se saben por los libros del contraste, donde se vende la seda; las demas sacan particulares, y llevan á Sevilla, Toledo y otras partes, con que viene á ser la dicha cantidad. Hay algunos caballeros que crian, por terceros, quinientas onzas de simiente, y muchos de trecientas, y muchos más de docientas; y no parezca esto increíble; que los mercaderes, que van y vienen, tienen de ello larga noticia. Para la compra de la seda que en Murcia se cria, entra cada año en ella más de un millon, que es el esquimo mayor que en el mundo se sabe. La simiente de la seda es poco mayor que granos de mostaza, su color entre morado y azul, consérvase en ollas nuevas y talegas, ó colgadas al aire, ó guardadas en arcas sin abrigo, hasta que por el mes de Marzo, que es cuando la morera brota, se pone la simiente á calentar en cauzas ó cedazos, forrados de papel, y esto, ya debajo de frezadas, caldeadas al sol, ya entre los colchones de la cama, hasta que se ova y pone blanquiza y comienzan á salir gusanitos. Entónces en las cauzas ó cedazos, sobre la simiente, se les echa un avivador, que es un pliego de papel agujereado, y se ceba de hoja. Cuando esta hoja está llena de gusano, que ha subido arriba por los agujeros, se saca y pone en paneras, muy extendido, y de esta manera se van haciendo sacadas, hasta que la simiente queda vacía; y para que el gusano que se sacó primero se empareje con las últimas sacadas, dásele á lo postrero dos cebos al dia, y á lo primero uno, con que viene á igualarse el gusano en grandeza y á dormir, todo á un tiempo. Pasados ocho ó nueve dias es la primera dormida; entónces no se les da de comer, y duran dos ó tres dias en su ayuno; despues despiertan alegres, y al tercero dia los mudan de su primer lecho, cebándolos primero; y estando todo el gusano sobre la hoja, lo extienden, ó en otras andanadas ó en las mismas. Hay primera, segunda, tercera y cuarta dormida, y en cada cual mudan el pellejo; cosa admirable. Despues de la cuarta, dentro de nueve ó diez dias, pinta el gusano y sube, y á punto crudo embojan las andanas, y en ellas hacen su capullo, cual almendra, cual ocal, y al cabo de ocho dias queda tan duro como un canto. Llegado á este punto se hacen hornos y preparan tornos para hilar la seda. De la almendra, que es donde labró un gusano, se hila la joyante; del ocal, donde se encerraron dos y á veces tres, se hila la seda re-

donda; aquella vale á cinco y á seis ducados, y ésta á la mitad. El modo de hilar la seda es otro primor; ése lo dejo, por no entrar en cosas tan menudas. A ese caballero, deseoso de saber esto, le parecerán algunos vocablos oscuros; no se puede ménos, porque todas las artes tienen sus propios términos, y ésta los suyos, que no los podemos excusar, ni yo el servir á vmd. en todo lo que me mandáre. Nuestro Señor á vmd. guarde. Murcia y Julio 1.º

#### EPÍSTOLA IX.

Al Dr. Francisco Yañez y Tomas.

*Acerca de las viñas y bodegas.*

*Nullam, Vare, sacra vite prius severis arborem  
Circa mite solum Tiburis et mania Catili.*

¡Oh buen Horacio, qué bien lo dice y cuán á mi gusto! Si bien no se le debe á él toda la gloria, pártala con Alceo, lírico griego, de quien lo tomo. Dirá vmd., señor doctor, que como viejo me agrado tanto de estos versos que tocan la materia de las viñas; por eso y por esotro. Vmd. y todos los otros médicos saben que el vino es más conveniente para los viejos que para otras edades, y sabe tambien mi templanza en eso; con que no puedo ser calumniado del más desenvuelto Zoilo. Supuesto lo dicho, lo que me aficiona es ver aquí originado el proverbio castellano, á lo ménos en la parte de que tratamos: *Casa en barrio y viña en pago*; y ver tocadas otras particularidades principales de esta materia. ¿Qué dice, pues?

No plantarás, oh Varo, árbol ninguno  
Antes que la sagrada vid, y sea  
Cerca del blando y amoroso suelo  
De la ciudad de Tiboli ó de Cati.

Estos versos horacianos me han movido á comprar una viña y he procurado que fuese con las condiciones aquí tocadas, y para ella he de hacer una bodega al propósito de nuestra tierra, cuyas calidades vmd. bien sabe. Lo primero que dice es, que lo primero que un hombre ha de plantar es viña. ¿Pues por qué? Por más provechoso y por más necesario fruto. Conrado Heresbachio, en su libro *De re rustica*, dice que entre todas las estirpes y árboles, la vid tiene el primer lugar con mucha razon, por ser el género de agricultura de más provecho y mayor cosecha. Cosa asentada es ser la más útil cosecha de todas cuantas la tierra lleva, la seda. Pues si yo probára que la cosecha del vino es mayor que la de la seda, quedaría bien probada mi intencion. Digo así: la tahulla de morera, que tiene hoja para una onza de seda, vale ochenta ducados; una onza de hoja (hablo con el uso de nuestra tierra, donde esto más se practica) se vende en rigor en diez ducados; tiene un ducado de costa; vale nueve. Una tahulla de viña se vende en cuarenta ducados; da, cuando ménos, ocho cargas de uva, que hacen treinta y dos arrobas de vino. Las cuales, á ocho reales el arroba, hacen doscientos y cincuenta y seis reales, que son veinte y tres ducados y tres reales. Démosle de costa á esta tahulla treinta y ocho reales,

quedan justos diez y ocho ducados. Agora, pues, con lo que se compra una tahulla de moreral compramos dos de viña; quedan de cosecha treinta y seis ducados, sacadas las expensas; pues si con ochenta ducados en moreral se sacan nueve de renta, y con los mismos en viña, treinta y seis ducados, ¿qué fruto hay que se compare con éste? Sin duda ninguna es el mayor de cuantos produce la tierra. Que sea necesario, es cosa evidente. Baltasar Pisanello, médico excelente bolofies, dice en un tratado que hace del *Vino*: «Il vino e necesario per due cause: l'una perche bagni dentro il corpo, e riempia i luogi di quelle sostance humide, che si resolvono e si consumano; l'altra accioche porti il cibo a tuti i membri, e lo faccia penetrativo quanto basta.» El mismo dice, sacándolo de los padres de la medicina, que con el moderado uso del vino el ingenio se ilustra, el ánimo se hace más fiel y manso, el alma se dilata, los espíritus se confortan, las alegrías se multiplican, las congojas se olvidan, y así lo dice nuestro Horacio en esta oda misma:

*Mordaces aliter diffugiunt sollicitudines,  
Quis post vina gravem militiam aut pauperiem crepat?*

De los provechos y medicinas del vino rojo, blanco y aloque, es largo cuento. Los libros están llenos; acuda á ellos el curioso. Llamas Horacio á la viña *sagrada*, es por ser este fruto excelente y divino, y así lo primero que hizo el patriarca Noé después del diluvio, fué plantar viña, á que alude nuestro autor; pues nos encomienda que lo primero que plantemos sea viña. Y aunque se diga que entonces primeramente se plantó, lo que es haberlo criado Dios ántes, con las demas plantas, téngolo por cierto. Y así dice Goropio Becano, en los *Indocíticos*, que ántes del diluvio habria parrizas, cuando ménos, y en otro lugar dice que Virgilio tomó de una de las sibilas la sentencia de este verso, que habla del siglo de oro, que fué en los primeros hombres:

*Non rastros patietur humus, non vinea falcem:*

«No se cavará la tierra ni se podará la viña.» También se dice la *vid sagrada*, por haber sido consagrada al dios Baco, á quien los gentiles hacen primer inventor de las viñas, pero falsamente. Virgilio, égloga VII:

*Populus Alcide gratissima, vitis Iaccho,  
Formosæ myrtus Veneri, sua laurea Phæbo.*

Faerno, en el libro de las *Fábulas*, pone los dioses que tomaron en su tutela árboles, que quisieron que fuesen dedicados así:

*Legere proprias dii sibi quondam arbores,  
Quam quisque vellet esse in tutela sua.  
Quercum supremus Juppiter, myrtum Venus,  
Pinum humidæ tridentifer rector salt,  
Vites Lycæus jucundus Bacchus pater:  
Apolo laurum, populum proceram Hercules.*

Escogieron los dioses cada uno  
Su árbol para sí, y en su tutela  
La carrasca eligió el supremo Júpiter,  
Venus hermosa el arrayán, el pino  
El rector tridentífero del piélago,  
El padre Baco las alegres vides,  
Laurel Apolo, y Hércules el álamo.

Paso adelante, considerando aquel tan importante requisito, que sea la viña en pago. Y con justa razón, por lo que dice Maron en su *Geórgica*, libro II:

*Nec vero terræ ferre omnes omnia possunt.  
Fluminibus salices, crassisque paludibus alni  
Nascuntur: steriles saxosis montibus ornæ:  
Littora myrtetis latissima: denique apertos  
Bacchus amat colles.*

«No todas las tierras lo llevan todo; los sauces se crian en las riberas de los rios; los alisos en las gruesas lagunas; los estériles fresnos en los peñascosos montes. Las marinas son aptísimas para los mirtos; y en fin, el dios Baco ama los despejados cerros.» De manera que es menester considerar la tierra más acomodada para las viñas, como en Virgilio hemos visto, con quien concuerda Filon: *Pars montana plena vitium*; «aquella parte de monte llena de viñas.» Y Manilio: *Quod colles Bacchus amaret*; «porque Baco amaba los collados»; y Sófocles: *Collis virides et vitifer*; «collado verde, feraz de vides.» Teofrasto dice que unas uvas quieren tierras altas, como son los collados; otras quieren la vega llana. El autor Geopónico dice que unas vides se han de traer del monte al campo, y otras se han de trasplantar del campo al monte. Teofrasto dice en otro lugar que las uvas sólidas y espesas se pongan en las alturas, y las blandas y húmidas en lo llano. Columela y Paladio convienen en que las viñas en el campo ó vega dan más vino, y en los collados mejor. *Campi largius vinum, colles nobilius ferunt.* Todo lo miró Virgilio, pues dice más abajo del lugar citado:

*Collibus, an plano, melius sit ponere vites,  
Quære prius.*

Mira, primero que la viña plantes,  
El género de uva; y si conviene  
En collado plantarla ó en la vega.

Conrado Heresbachio dice que la tierra buena para viñas ha de ser templada, ni muy caliente ni muy fria, ni muy seca ni húmida, ni muy pingüe, ni muy flaca ni muy suelta, ni muy apretada. *Densa magis sereri, rarissima quæque Lyæo.* En fin, ha de ser más suelta que apretada; que la tierra robusta es buena para pan; la amorosa, pero no débil, para vino; que es lo que enseña aquí Horacio:

*Circa mite solum Tiburis et mænia Catili.*

Cerca del blando y amoroso suelo  
De la ciudad de Tiboli y de Cátilo.

Ya tenemos viña en pago: qué género de uvas pide Murcia para sus tierras, y principalmente para los pagos de casillas, aljada, churra y albadel, tierras sueltas y húmedas, donde por experiencia sabemos ser ubérrima la cosecha; y que se crian las viñas fértiles y abundantes de uva, no hay labrador que no lo sepa. El defecto que yo hallo en Murcia generalmente es que las bodegas donde encierran su vino, las tienen los más muy ajenas de como han de ser. Este vicio quisiera emendar, dando el modo de conservar el vino. De varios modos los antiguos aderezaron los vinos en diversas provincias,

y no me espanto; pues según las cualidades de la tierra, así es menester la preparación del vino; y hoy en España diferentemente se aderezan y diferentes bodegas hacen. Dejando, pues, las de otras partes, que no es de mi intento, en Murcia las hay, no como han de ser, sino derechamente al contrario de como conviene que sean; pues las tienen casi todos en lugares hondos, y metidas las tinajas debajo tierra, ya hácia el oriente, ya hácia el ocaso, sin consideracion ninguna y sin guardar las circunstancias debidas. Cosa es asentada en buena filosofía que la corrupcion de los frutos procede y emana del mucho calor y mucha humedad. Siendo, pues, Murcia tan infestada de estos dos enemigos, y con tanto extremo, es menester remediar este daño con lo contrario, que *contraria contrariis curantur*. Esta tierra conocidamente es húmida; pues á un estado, á dos y á tres, cuando mucho, comunmente tienen los pozos agua muy abundante. Demas de esto, pasa el rio de Segura por medio de su vega, y con infinitas acequias se riega todo el año; y así la uva es muy húmida; pues si la uva lo es, y la tierra, ¿qué mucho que se pierda y corrompa el vino en breve tiempo, especialmente combatiéndola el sol por otra parte tan fuertemente? Obviemos, pues, estos dos inconvenientes de esta manera. Elige en el campo lugar alto, ó hazle á manos con buenas paredes de ladrillo ó de argamasa, á lo ménos hasta la altura de la bodega, y el suelo de ella le pisarás bien con piones, y luego échale una capa de carbon medio molido, cubrelo de tierra, y dale otra vuelta de pison; haz luego esto mismo otra vez, ó con carbon ó con ceniza, que ambas cosas impiden excelentísimamente la humedad, que es lo que pretendemos, y en fin, ladrillarás el suelo y pondrás encima, sin ahondar nada, las tinajas por ambos costados, arimándoles sus pretilos de ladrillo chapado, con que estarán firmes y seguras, y quedará una crujía capaz entre las dos órdenes de tinajas, por donde entrar y salir. Esta bodega mire al mediodía, adonde tenga el zaguan; luego se siga ella, y á las espaldas tenga su ventana no grande al cierzo, que es frio y seco, competente para la conservacion. A los lados de esta bodega haz dos cuartos de casa para tu servicio y habitacion, y encima de ella cuarto alto, para que esté de todas partes guardada del sol. En contorno de la bodega no haya establo de bestias, ni horno cerca, ni estercoleros, que engendran calor, ni acequias, por la humedad. Esto es cuanto á la bodega, que hecha de esta manera ayudará mucho á la conservacion del vino, que es lo que importa para ser bueno y rentoso. Pero no basta esto solo; conviene tambien que sea curioso en la vendimia el dueño, que coja la uva madura y curada lo que basta, sin consentir mistura de algunas mal sazonadas; que se haga con limpieza y primor, á uso de buen labrador, según leyes propias de esta arte. Padece el vino tres daños, por donde viene á ménos valer; aspereza, blandura y corrupcion. La aspereza, dice Plinio, y Plutarco en sus *Cuestiones naturales*, que la quitaban los Griegos y los Africanos, ya con yeso,

EPIST. II,

ya con arcilla, ya con sal, ya con agua marina; y de este modo aderezan hoy (dice Jerónimo Mercurial) los de Candia su vino celebrado *malvasia*; y con estos remedios, juntamente con perder la aspereza, toma vigor y fuerzas el vino. Plutarco dice, y lo mismo Plinio, que tendrá buen olor el vino, estando las tinajas bañadas de pez ó de resina; pero advierte Columela que para que la pez y resina desechen su mal olor y graveolencia, que se han de lavar muy bien. *Et propterea picata et resinata vina apud aliquos in pretio extitisse.* Para hacer el vino con mucha brevedad los de Narbona y Marsella le daban humo aprisa, y con esto se hacia ántes de tiempo. De él hace mencion Horacio, *Carm.*, oda VIII:

*Hic dies anno redeunte festus  
Corticem astrictum pice dimovebit  
Amphoræ, fumum bibere institute  
Consule Tullo.*

Y Marcial toca lo mismo en muchos lugares, libro III:

*Vel cocta fumis musta Massilianis.*

Para que no se corrompa el vino, dice Ateneo que los Espartanos le cocian primero, y otras naciones. Otros le echan arropo en moderada cantidad, otros con agua salada ó con la misma sal, de quien dice Goropio que tiene principalísima virtud contra la corrupcion. Columela dice que con agua del mar se conserva bravamente el vino incorrupto; y yo digo que esto se ha de usar en vinos robustos, donde tiene materia que desbasta la fuerza del agua marina; y á estos tales vinos, dice Celio Aureliano que los llamaban los Griegos *talosomena*. Últimamente digo que los vinos gruesos y bastos los solian colar en sacos, en que echaban anís y nueces amargas, con que quedaba delgado y de buen olor; aunque dice Horacio que tambien se adelgaza al sereno de la noche:

*Massica si celo supponas vina sereno,  
Nocturna, si quid crassi est, tenuabitur aura.*

Con Horacio comencé y con él acabo, si no manda vmd. otra cosa, á quien nuestro Señor, etc. Murcia y Junio 29.

#### EPISTOLA X.

Al maestro Jimenez Paton, catedrático de letras humanas en Villanueva de los Infantes.

Donde se escriben muchos epigramas de varios asuntos.

No me dé Dios salud si no se la deseo á vmd. muy entera. Ea, señor, anímese más y haga mala cara á los achaques; que si les hace regalado hospedaje, ¿qué maravilla los tenga cada dia en su casa, y se le vengan á la mano como los barbos á Hortensio y las murenas á Antonia de Druso? Busque vmd. ocasiones de desenfado y divierta el pensamiento de cosas graves; dése á las más menudas y aun nugatorias, que tienen á veces no sé qué de ruibarbo bastante á purgar de melancolías al más saturnino. Con este fin, envío á vmd. esos epigramas, cuya materia es por la mayor parte jocosa, si bien tal vez se levanta á mayores. En ellos he procurado marciali-